

La Justicia en la Ciudad¹

Aproximación literaria y jurídico-filosófica sobre la centralidad de la justicia en la ciudad a partir de la obra “Ciudad turbulenta, ciudad alegre...” de Hugo Wast



Por Leandro J. C. Morfú²

I. Resumen

En el presente trabajo nos proponemos abordar, a partir del análisis de la obra “Ciudad turbulenta, ciudad alegre” de Hugo Wast³, la temática acerca de la centralidad de la justicia en la ciudad, lo que nos llevará a reflexionar sobre la perspectiva trascendente con la que el autor fundamenta la reivindicación del orden quebrado por la injusticia. Para ello consideraremos, primeramente, las partes potenciales de la justicia –concretamente las virtudes de la piedad filial y patriótica–, que nos permitirá aproximarnos en torno a la relación de justicia *hacia* la ciudad; para luego concentrarnos de lleno sobre la verificación de esta prioritaria virtud social *en* la ciudad. Aquí nos veremos obligados a recorrer un itinerario

¹ El autor publica este trabajo en el marco del Proyecto de Investigación “Principales problemas de justicia y su solución en la literatura universal”, dirigido por el Dr. Siro M.Á. De Martini. Programa IUS - Acreditación de Proyectos de Investigación Jurídica. Investigación jurídica aplicada. Facultad de Derecho. UCA. Convocatoria 2019-2021

² Abogado (Universidad Fasta), profesor de Filosofía del Derecho (Universidad Fasta), ayudante de segunda en Contratos Civiles y Comerciales (UBA), Curso de posgrado en Derecho del Consumidor (UCA), doctorando en Ciencias Jurídicas (UCA). Correo electrónico: leandromorfu@ufasta.edu.ar

³ Gustavo Adolfo Martínez Zuviría (1883-1962) ilustre católico, notable escritor, fervoroso patriota, estadista constructivo y ejemplar padre de familia, cuyo seudónimo de “Hugo Wast” se universalizó a través de su fecunda labor literaria, publicó la obra bajo análisis en formato “folletín” en el diario La Nación en el año 1919.

progresivo que parte desde el estado de pecado determinante del devenir de la ciudad turbulenta para llegar finalmente a la conversión de gran parte del elenco de sus protagonistas, mediante lo cual se lograría restablecer la justicia en la ciudad. Desde luego, este recorrido supondrá miseria y dolor, pero culminará en gozo y paz. Por último, debemos señalar que la interpretación que haremos de la obra se sustentará en un fuerte componente metafórico a partir de las imágenes con las que Hugo Wast articula la historia bajo consideración, que nos permitirán darle una connotación social y política a determinados elementos que, desde una exégesis literal, parecerían circunscribirse a un plano meramente individual y familiar.

II. Palabras claves

Hugo Wast. Justicia. Ciudad. Misericordia. Caridad. Piedad filial. Piedad patriótica. Concordia. Santo Tomás de Aquino. Filosofía del Derecho.

III. Proemio

“(...) Porque si la Ciudad ha de crecer, siempre encontrará recursos y proyectistas que calculen con precisión. Pero serán sólo sus servidores. Y si les otorgáis primacía pensando que las ciudades brotan de sus manos y que la perfección de sus cálculos las hará perfectas, jamás ciudad alguna surgirá de la arena del desierto, ya que se sabe cómo nacen las ciudades, pero no por qué nacen (...).”⁴

Animados por la impronta trascendente que Rafael Gamba atribuye en el párrafo citado al acontecimiento providencial de la fundación de las ciudades, nos proponemos en este trabajo discurrir el itinerario planteado por el ilustre Gustavo Martínez Zuviría en su novela “Ciudad turbulenta, ciudad alegre...”⁵ en torno a uno de los aspectos centrales del complejo entramado de lo político: la primacía de la justicia.

En efecto, a la nota de misterio que invoca Gamba acerca de por qué nacen las ciudades, nosotros intentaremos agregar otra variante –la justicia– que, dada la

⁴ Gamba, Rafael, *El silencio de Dios*, Buenos Aires, Ed. Huemul, 1979, p. 51-52.

⁵ Buenos Aires, Ed. Diction, 1979.

perspectiva teológica desde la cual Martínez Zuviría enmarca la trama que nos ocupa, escapa también a la sola especulación humana; constituyendo, además, un requisito *sine qua non* para que la ciudad sea el ámbito de realización temporal y espiritual de quienes forman parte de ella.

Cabe advertir que hablamos de “discurrir el itinerario” en virtud de que nuestro autor en la obra plantea diferentes líneas argumentales transversales que nos llevan en forma progresiva por distintos medios desde el escándalo de la injusticia a la prevalencia “purificadora” de la justicia. Así, nos encontramos con derroteros que parten de la negación o desprecio a Dios, a la Patria y a los padres para concluir en el desgarrador (redentor en algunos casos) reencuentro con tales “acreedores” de la piedad –forma potencial de la justicia–; desde el pecado vergonzosamente disimulado, o a veces incluso justificado, por exigencias o derechos de la estampa mal llamada aristocrática, a la conversión mediante la humillación por el peso de las propias faltas; desde el odio y el rencor visceral entre familias otrora amicalmente unidas, a la reconciliación por la misericordia y el dolor.

En definitiva, Hugo Wast en esta novela plantea con admirable belleza –incluso trayendo graves situaciones morales sin caer en recursos vulgares⁶– el decurso desde la ciudad turbulenta a la ciudad alegre; o, desde otra perspectiva, el triunfo de la caridad mediante la humillación sobre la ciudad azotada por la agobiante tensión entre la alegre frivolidad y el sufrimiento por la turbulencia del pecado.

Como podemos apreciar en esta prieta introducción, nuestro admirado escritor nos pone frente a un recorrido audaz que se inicia en la ciudad pecaminosa y confluye en la ciudad en estado de gracia.

Asimismo, completarán este original recorrido moral, espiritual y jurídico algunos elementos que campearán en forma permanente en la obra a modo de causas o de consecuencias de la perversión moral de la ciudad: el sufrimiento de los

⁶ Pues, conforme destaca el Padre Guillermo Furlong: “(...) Habló en cristiano y en castellano, y jamás manchó página alguna con torpezas y lujurias, que tantos consideran imprescindibles en una novela, y jamás atropelló la moral y la doctrina católicas, ni hay en tantas páginas una burla de lo religioso. Antes por el contrario, las cosas de Dios y las prácticas piadosas son respetadas y estimadas (...)”, Furlong, Guillermo; *Gustavo Martínez Zuviría, Maestro de América*, <https://diariopregon.blogspot.com/2010/08/hugo-wast-por-el-p-guillermo-furlong.html> (consultado el 8/7/21).

inocentes, la cuestión social, el “escándalo” del Evangelio, el pecado contra el Espíritu Santo y la justicia divina.

Esta última nota –la justicia divina– es la que, desde nuestro punto de vista, le permite al Maestro de América plantear el imperio de la justicia trascendiendo, sin dejar de asumirlo, el plano meramente temporal en el que se desenvuelve la obra de marras.

Otro punto a destacar en la presente introducción es el contenido simbólico de la obra. Como lo hará después el padre Leonardo Castellani en “Su Majestad Dulcinea”⁷, en donde representa con realismo, picardía y dolor nuestra Argentina en el marco de una obra profética a través de la imagen de Gracia Vélez de Zárate Namuncurá –Dulcinea–, dama de una belleza sin igual, pero carcomida y putrefacta por dentro⁸; nos atrevemos a sostener que en Hugo Wast, además de la profunda reflexión sobre la justicia a la que ya hemos referido, creemos vislumbrar una descripción metafórica de la Patria a través de un variado elenco de personajes y situaciones que articularán el devenir de los sucesos que analizaremos.

Es decir, más allá del marco local y temporal escogido por el autor –la Buenos Aires de los años veinte; la ciudad turbulenta–, podríamos encontrar, según nuestra interpretación, diversas simbolizaciones de la Argentina tanto en la madre ciega de Narciso Jairo, en la humilde anciana –madre también– de Guillermo Sánchez, en la trágica figura de María Helena, como así también en la abrumada familia Vieytes; confluyendo en esta última, a su vez, diferentes actores representativos de ciertos estamentos de la sociedad: la Iglesia, las Fuerzas Armadas, el poder político y la prensa.

⁷ Buenos Aires, Ed. Patria Grande, 1974.

⁸ “Con mano febril y violenta se arrancó la blusa y desgarró una camisa, y apareció el busto desnudo. Edmundo dio una exclamación de espanto. El lugar del seno derecho estaba cubierto por una caperuza rebosada de vendas y algodones. Ella la arrancó y apartó de sí con un gesto amplio y circular de la derecha; y apareció una llaga espantosa, un manchón irregular de carne viva, con puntos negros y vetas verdosas, y piltrafas de carne corrupta, colgando como guedejas; y un olor fétido, de carne muerta y agua colonia, se esparció en la habitación (...) –¡Cáncer! –Dijo ella. ¿Estás contento? – prosiguió –. Un ultraje infinito, horroroso. El infierno desatado. Dios lo permitió, quizá por alguna falta mía (...). Tú decías que yo era la representación viviente de la patria: ésta es la patria. Tú decías que yo era la encarnación de la belleza: ésta es la belleza carnal. Ahora está marcado como yo para siempre... leproso en el alma. Pero levántate: Jesucristo fue como un leproso.”; Castellani, Leonardo, *Su Majestad Dulcinea*, Buenos Aires, Ed. Patria Grande, 1974, pág. 290.

Pues bien, a través de este marco introductorio hemos querido, al menos, dejar planteados los grandes lineamientos de nuestro plan de trabajo que, tal como nos tiene habituados Gustavo Martínez Zuviría a lo largo de su prolífico magisterio, deberá recorrer y analizar una obra que oscila armoniosamente entre la profunda e insondable complejidad del hombre y la simplicidad de la belleza literaria mediante la cual se expresa; entre el drama del pecado y la esperanza por el seguro triunfo del bien y de la verdad; entre la tragedia por el quebranto de la justicia al imperio de aquélla en la ciudad.

IV. Acerca de la piedad como parte potencial de la justicia

Antes de comenzar con el análisis de la obra, consideramos necesario realizar algunas precisiones acerca de la piedad como parte potencial de la justicia, dada la importancia de la referida virtud en nuestro trabajo.

Al respecto, recordemos primeramente que Santo Tomás de Aquino en la Suma de Teología, ajustando la clásica definición de Ulpiano⁹, dirá que la justicia es *“el hábito según el cual uno, con constante y perpetua voluntad, da a cada uno su derecho”*.¹⁰ Razón por la cual será esencial para que se verifique esta virtud, entre otras exigencias, el dar con igualdad aquello que se le debe al otro.

Sin embargo, lo anterior no obsta a que el Doctor Angélico en la cuestión 80 de la *Summa* nos ilumine acerca de las partes potenciales de la justicia, siendo éstas la religión, la piedad (filial y patriótica), la observancia, la veracidad, la gratitud, la vindicta, la liberalidad, la afabilidad y la amistad. Nosotros, en razón de la temática del presente artículo, nos concentraremos solamente en las dos primeras que hemos mencionado –la religión y la piedad–: *“Hay, efectivamente, ciertas virtudes que dan a otro lo que se le debe, pero sin poder lograr la igualdad requerida. Y así, en primer lugar, el hombre debe a Dios cuanto le da; pero no puede obtener la debida igualdad, es decir, le es imposible pagarle cuanto le adeuda, conforme a aquellas palabras del salmo 115,3: ¿Qué restituiré al Señor por todo lo que me ha dado? Así es como a la justicia va aneja la religión, la cual, como dice Tulio, honra*

⁹ El Jurista Romano en su Digesto (I, 1, 10) sentenciará que la justicia es “la perpetua y constante voluntad de dar a cada uno su derecho”.

¹⁰ II-II, 58, 1 c.; tomado de <https://hjjg.com.ar/sumat/c/c58.html> (consultado el 06/08/2021)

*con solicitud, ritos sagrados o culto a cierta naturaleza de orden superior, que llaman divina. En segundo lugar, tampoco podemos devolver con igualdad a nuestros padres tanto cuanto les debemos, como consta por lo que dice el Filósofo en el VIII Ethic., y así es como a la justicia se anexiona la piedad, por la cual, como dice Tulio, tribútanse benévolos servicios y diligente respeto a los consanguíneos y a los bienhechores de la patria. (...)*¹¹

Podemos hablar, entonces, de “partes potenciales” de la justicia debido a que quienes observan tales virtudes, dada la eminencia tanto de sus “acreedores” como de los bienes recibidos, no cumplen con el débito estricto requerido por aquella. Es decir, el hombre jamás podría devolverle a Dios, a sus padres y a la Patria todo lo que ha recibido por parte de éstos. Sin embargo, tal como nos enseña Sergio Castaño¹², a pesar de que estas virtudes no condicen con la perfecta definición de la justicia, son muy importantes en razón de constituirse en el piso mínimo para la amistad social, entroncando también con la caridad desde el punto de vista teológico; permitiéndole al hombre, por lo tanto, consumir su actuación.

V. Dos imágenes de la piedad filial y una interpretación posible sobre la Patria y el patriotismo

Iniciamos nuestro estudio reflexionando sobre la virtud de la piedad en dos personajes de la novela, que verificarán actitudes absolutamente disímiles frente a sus respectivas madres: Narciso Jairo y Guillermo Sánchez.

En efecto, en el primero vemos la imagen de quien, renegando de sus orígenes, empeñará sus esfuerzos por afianzarse en un status que jamás logrará conquistar; diferenciándose por ello del Dr. Sánchez, quien, fruto de una fidelidad incluso dolorosa a su madre, dedicará hasta sus últimos pensamientos a aquella pobre anciana antes de su muerte cobardemente perpetrada.

¹¹ II-II, 80, 1 c.; tomado de <https://hcg.com.ar/sumat/c/c80.html> (consultado el 06/08/2021)

¹² La cita no es textual, sino que es traída de apuntes tomados por el suscripto con ocasión del Curso de Doctorado “La filosofía política de Leonardo Castellani”, dictado por el Dr. Castaño en junio-julio de 2021, organizado por el Centro de Estudios Políticos de la UNSTA.

Empecemos con el caso de Narciso Jairo, para lo cual tomaremos algunos extractos del texto:

“Habíanse desvanecido los sueños de grandeza con que seis años antes se estableció en Buenos Aires la familia del doctor Narciso Jairo a raíz de su primera elección de diputado de Santa Fe. Hasta esa época, el doctor Jairo había vegetado dulcemente en las provincias, sirviendo a todos los gobiernos en los distintos puestos para que lo habilitaba su título de profesor normal, graduado en Jujuy. Porque era jujeño, nacido en la vieja y melancólica ciudad de Humahuaca, que abandonó hacía veinticinco años, buscando horizontes, y a la cual no pensaba volver, aunque en ella vivía y moriría su madre. Un día había hallado harto chica la capital de su provincia natal, y se fue a Salta y después a Santa Fe, donde parece que apreciaron mejor sus grandes talentos, y donde se casó. Decía de sí mismo que tenía temperamento de maestro, y que nada había más eminente para un hombre de corazón que el ejercicio de ese sublime apostolado. (...) Andando el tiempo, discurrió que su título de maestro era poco decorativo; quiso ser doctor, y lo consiguió (...) logró que un ministro lo sacara del magisterio, dándole un puesto mejor remunerado, si bien menos apostólico. Y allí lo tomó el engranaje de la política, y como tenía disposiciones para agradar a los hombres influyentes, y una elocuencia blanda y fluida, con oquedades sentimentales, en el río revuelto pescó una diputación nacional. Ocurrió eso en 1910, y fue el comienzo de su ruina, aunque pareciera lo contrario. Su familia, que había vivido modestamente hasta entonces, manifestó un insospechado afán de figuración, y le exigió que se instalara en Buenos Aires, a lo que el doctor Jairo accedió, creyendo por su parte que las capitales de provincia no ofrecían campo suficiente para sus diversas habilidades. (...)”¹³

A continuación destacamos algunas ideas. En primer lugar, nos topamos con un ambicioso individuo que deja atrás su tierra natal –Humahuaca–, y en ella también a su madre, sus orígenes, su identidad. Resultado de este infructuoso trajinar en las apariencias, presenciaremos el triste desgaste de Jairo y su familia que lo someterán a todo tipo de tensiones y desencantos: personales, sociales,

¹³ *Ibíd.* ², pág. 21-22.

económicos, políticos; obligándolo junto a su esposa –misia Palmira– a refugiarse en la mentira para subsistir al cruel “engranaje” de la política.

Si bien lograría involucrarse al menos en forma esporádica en el “cenáculo” del Dr. Vieytes –imagen culmen de la perversión del poder–, todas las expectativas y propósitos que lo impulsaron al desdichado Jairo a huir de sus orígenes se irían desmoronando conforme el avance de la historia que nos ocupa: el desesperante finiquito de su banca como diputado nacional, la pérdida de su periódico “El Porvenir”, su alejamiento del infame partido “equidistante”; situación agravada a su vez por la seria crisis económica que obligaría a su esposa Palmira constantemente a empeñar los bienes familiares para subsistir en la frívola elite porteña.

Ahora bien, Hugo Wast nos regala, en medio de la triste marejada que azota a don Narciso, la referencia a un bastión en donde éste, por escasos momentos, hará pie intentando superar el fango que arrasaría su dignidad: su hija Salomé, la única verdad de su vida; tal como el autor titula el capítulo VII de la obra.

Esta niña, la tercera de sus hijas, quien, no obstante verse influida por la denigración moral que azota a su familia, nos demostraría entrañables rasgos de caridad –especialmente con la sirvientita Antonieta Gatín y su familia–, será el solaz en el que el atormentado Jairo, sin rehuir a su hipocresía, hallará paradójicamente alguna razón de verdad: *“Salomé era la única verdad en la vida de aquel hombre, y por ella, por su única verdad, sacrificaba todas las otras, anegándose en un mar infinito de simulaciones.”*¹⁴

Regresando al análisis del triste transitar de don Narciso, casi al final de la obra, el autor nos relata cómo éste, acuciado por resolver su porvenir ante la pronta finalización de su mandato como diputado, retorna luego de veinticinco años a la ciudad de Humahuaca. Allí este personaje deberá enfrentar el duro reencuentro con sus orígenes encarnados en la figura de su madre, quien lo recibe casi sin reconocerlo. Sin embargo, a pesar del inicial desconcierto de la mujer ante su hijo, suscitado no solo por la ceguera que afectara a la anciana, sino también por el cambio abrupto que el tiempo y las simulaciones habían ocasionado sobre la

¹⁴ *Ibídem* ², pág. 97.

persona de Jairo, no le impidió que ésta lo sometiera a un duro interrogatorio que no producirá otro efecto más que ratificar su actitud cobarde de huir en pos de otros lares, intentando edificar sin éxito una nueva vida sobre mentiras y competencias desleales:

“Aún vivía su madre, en la escondida ciudad de Humahuaca, donde él había nacido, y quiso ir a visitarla para ponerse en contacto con la única verdad que le quedaba en el mundo, si no era la de su derrumbe irreparable. Pero la anciana, que había clamado durante años por verlo, estaba ciega, y sus manos lo tantearon, sin reconocerlo. – Hasta tu voz ha cambiado, hijo. – Hace veinticinco años, mamá, que no me oyes – contestó él, con sincero dolor. – Y no te veo ni te veré más, sino en el cielo... ¿Nos encontraremos allí? – Sí mamá. – ¿Crees en Dios? ¿Prácticas siempre lo que yo te enseñé? Y él tuvo que mentir por no afligirla. (...) La primera mentira trajo todas las demás, y él no volvió a decir una sola verdad a su pobre madre, que lo oía moviendo la cabeza y repitiendo: - ¡Hasta tu voz ha cambiado! De veras, nunca te hubiera conocido. Con el corazón lleno de amarga tristeza, dejó a la viejita en su sillón, que no abandonaba nunca, y se echó a la calle, ansioso de refrescar recuerdos de juventud. ¡Ay! También éstos mentían en él. Vibraba en el fondo de su alma la impresión saludable de las cosas vistas en la niñez, y corría a buscarlas para suscitar sensaciones que creía inmortales (...).”¹⁵

Vemos así cómo la madre acoge a su hijo, pero obligándolo a rendir cuentas en relación a los dones recibidos. Y aquél, luego de sucumbir una vez más al yugo de la simulación, se ve impelido a rondar por las calles de la vieja ciudad confirmando la hostilidad y el olvido que le impartirían todo lo que alguna vez fue suyo, todo lo que alguna vez fue él mismo:

“Con el corazón apretado por la sensación de que todo le era hostil en su pueblo, descendió Jairo la cuesta y tomó hacia cualquier rumbo, encorvado, las manos en la espalda, taciturno (...).”¹⁶

¹⁵ Ibídem ², pág. 335.

¹⁶ Ibídem ², pág. 337.

“Él recordaba a todos, y nadie lo recordaba a él; ni los hombres, ni las cosas. Y caminaba por la calle, masticando ese olvido (...).”¹⁷

Nos encontramos de esta manera con una primera semblanza acerca de las exigencias intrínsecas de la piedad, concluyendo en el desconsuelo desgarrador de quien se ha alejado de lo suyo para olvidarlo...:

“– Mamá, me voy –dijo al día siguiente–. Aquí nadie me conoce. Todos me han olvidado. – Así es –dijo la anciana, tendiéndole las manos, que él besó–. Antes nos habías olvidado tú. Yo creía, sin embargo, acordarme de mi hijo; pero si no me hubieses dicho tu nombre, no habría adivinado quién eras (...).”¹⁸

Dejamos al desventurado Jairo para ocuparnos ahora del doctor Guillermo Sánchez y de la entrañable relación con su madre. A diferencia del caso anterior, este joven médico, si bien vinculado a las altas esferas sociales de la ciudad en virtud de su vínculo amoroso con María Helena Vieytes, jamás renegará de sus orígenes humildes, manteniendo una actitud de amor y fidelidad a los mismos hasta el final de sus días. Más aún, intentará sin éxito convencer a su madre de la bondad de su novia ante el rechazo de la anciana como consecuencia de la frivolidad de aquella joven porteña.

A fin de intentar graficar las consideraciones anteriores, traemos a continuación una imagen que retrata de cuerpo entero la fisonomía de las dos mujeres, resaltándose la liviandad de María Helena y la humildad de la viuda, subyugada asimismo por su confusa aversión hacia aquella niña:

“Esa mañana María Helena llegó, rompiendo el mar de trajes femeninos hasta las primeras filas de los hombres, que la aguardaban de pie. La madre de Guillermo Sánchez, desde su rincón, la vio surgir y se estremeció en sus entrañas, comprendiendo el hechizo con que había aprisionado a su pobre hijo. ¿Qué había de hacer él sino amarla hasta morir? La muchacha avanzó alargando la bolsa y distribuyendo con recato para que valieran más, a quien una mirada, a quien una sonrisa, a quien las dos cosas a la vez; y a algunos, sus amigos, una palabra que los torturaba como un latigazo. Vio a aquella mujer arrinconada en su rincón,

¹⁷ *Ibídem*², pág. 338.

¹⁸ *Ibídem*², pág. 338.

vestida de negro, que la contemplaba con embeleso, y creyó que no valía la pena llegarse hasta ella. ¿Qué le daría en su miseria? (...) por lo que –María Helena– intentó pasar de largo, pero la mujer arrinconada estiró la mano con su óbolo, y la niña no tuvo más remedio que acercarle la bolsa con gesto displicente. Más al mirarla tembló. ¿Dónde había visto ella ojos iguales a los de la anciana, que se fijaron en los suyos con hondo afecto y reproche? Pocos pasos más allá había olvidado la escena (...).¹⁹

Habiendo esbozado el semblante de la anciana, regresemos a la relación de fidelidad que su hijo le tributaría; siendo, tal como anticipamos, contrapuesta a la de Narciso Jairo con respecto a sus raíces, a su origen. En efecto, Guillermo Sánchez no abandonará a su pobre madre, acompañándola –literalmente– hasta el último día de su vida, en el que se perpetrará el doloroso desenlace de la historia del muchacho.

Vemos, entonces, en el Dr. Sánchez una actitud piadosa hacia su madre, que lo hace consciente del deber de justicia de todo hijo para con sus padres en razón de la inmensa cantidad de dones que se recibimos por parte ellos: la vida, la fe, la educación, un hogar, un apellido, una historia, un destino. Tan profunda deviene dicha conciencia que el autor le permite a este personaje compadecerse de su madre, sufriendo por y con ella:

“Esa mañana, al salir él de su casa, besó a su madre, que se quedó triste como nunca. – Dios te bendiga, mi Guillermo – le dijo ella, apretándole la cabeza contra el pecho –. (...) Lo besó con inmensa pasión, como si fuera a perderlo, y cuando lo vio partir el corazón de la pobre vieja se llenó de angustia. – ¡Dios mío, líbralo de todo mal! Guillermo Sánchez no podía alejar de su mente esa imagen entristecida, aun cuando, a dos pasos de él, irradiaba a todo esplendor la gracia de su novia. (...).²⁰

Como aludimos anteriormente, esta actitud de amor a su anciana madre se conservará intacta hasta la muerte de Sánchez, ocurrida en ocasión del duelo que

¹⁹ *Ibídem*², págs. 236 y 237.

²⁰ *Ibídem*², pág. 325.

disputará con el perverso Coronel Rodríguez a fin de defender el honor de su prometida:

*“Guillermo Sánchez fue tranquilo, pero infinitamente triste, al lugar de la cita. No había vuelto a su casa, y si moría se iría del mundo sin besar la frente de su madre. (...)”*²¹

Ahora, tal como lo hemos advertido en su momento –y sin dejar de reconocer que el autor circunscribe su relato a la relación madre–hijo–, dada la profunda vinculación entre la piedad filial y la piedad patriótica, consideramos que las imágenes que hemos analizado también podríamos interpretarlas desde la virtud del patriotismo, viendo en cada una de estas ancianas a la Patria.

Esto nos permitiría enriquecer nuestra reflexión con dos imágenes similares de la *terra patrum*, y con dos actitudes antagónicas frente a ella: la huida cobarde y el amor sincero. También podemos apreciar la misma actitud maternal de estas mujeres –y por lo tanto, de la Patria– ante sus hijos, que se duelen entrañablemente por el devenir de aquéllos. Pero la primera –la ciega anciana madre de Jairo– no titubea en recriminarle a su hijo la injusticia perpetrada contra ella y los suyos –*“Antes nos habías olvidado tú”*–, luego de someterlo a una humillante rendición de cuentas – *“¿Crees en Dios? ¿Prácticas siempre lo que yo te enseñé?”*; mientras que la otra bendice tiernamente a su hijo, intuyendo tal vez el trágico final que la misteriosa providencia le deparaba.

Sin embargo, el autor elige poner el mismo gesto de estos hombres ante sus raíces: ambos besan a su madre –es decir, a su Patria– como último acto hacia ellas; siendo en Jairo su triste despedida antes de regresar derrotado a la ciudad turbulenta, y en Sánchez una reverencia postrera a quien todo se lo ha dado antes de morir.

VI. Valentina Ocampo y la fidelidad en la tragedia

Luego de haber analizado en el acápite anterior la piedad en el diputado Jairo y en el médico Sánchez, pasamos ahora a realizar algunas reflexiones en torno a la

²¹ *Ibídem* ², pág. 327.

virtud mencionada en quien será una de las heroínas de la obra de marras: la señorita Valentina Ocampo.

Esta joven, que Hugo Wast escogerá para simbolizar al final de la novela el triunfo de la concordia en la ciudad, será sometida a una durísima prueba de amor y fidelidad a su padre, a sabiendas incluso, aunque de modo parcial (al menos durante gran parte de la historia), del pecado que lo azotaba en relación a la muerte de su esposa, cuya culpa lo arrojaría a un lamentable estado demencial.

Hallamos en Valentina una actitud de amor hacia su padre en parte similar a la de Sánchez en relación con su madre. Sin embargo, dadas las circunstancias con las que el autor determina el contexto de Valentina, interpretamos que esa entrega adquiere una cualidad supererogatoria, pues la lleva adelante heroicamente con dulzura, perseverancia y oración: “– *Perdónalo también, Señor, a él, porque estaba ciego cuando te ofendió. Vuélvele tu misericordia y tu luz. (...)*”²² sería la plegaria que elevaría diariamente invocando el perdón de su padre envuelto en el derramamiento de sangre de su madre.

Pero la piedad de la joven hacia quien le había dado la vida sería más radical: “*Nunca nadie le dijo por qué había muerto (su madre) así, y sintiendo ahondarse más y entenebreerse el misterio, llegó a no querer preguntar nada. Pero se había constituido en la enfermera de su padre, demente desde entonces, y poco a poco sus escasas y desatinadas palabras fueron iluminándola. (...) Aunque era muy jovencita, comprendió que el mundo los aislaba. No quiso forzar la consigna de sus parientes o de sus antiguos amigos, y se escondió en su casa, para cuidar de su padre, a quien no tenía derecho de juzgar. (...)*”²³. Efectivamente, apreciamos cómo Valentina se consagra por entero a su desdichado padre, consciente de que el crimen que había hendido la reputación de la familia le había cerrado las puertas de aquella endurecida sociedad porteña.

No podemos dejar de advertir que la figura de esta valerosa muchacha se engrandece cuando vemos que, en forma concomitante al cuidado de su padre, asume con fortaleza otros tantos frentes complejos: el connatural dolor por la

²² *Ibídem*², pág. 108.

²³ *Ibídem*², págs. 169 y 170.

muerte de su madre, el consuelo de su hermanito abrumado por el recuerdo de la agonía de aquélla, el difícil acompañamiento de su abuela materna –doña Andrea– perturbada por el rencor ante la pérdida de su hija, y la resignada renuncia a su amor por Jaime Vieytes; teniendo lugar todas estas cargas, como ya mencionamos, en un marco de rechazo social y de desolación hogareña, figurada por el autor en el hecho de que la casa en donde vivían permanecía absolutamente cerrada durante el día, dejando entrar apenas los rayos de claridad diurna estrictamente necesarios para alumbrar el retrato de la difunta.

No obstante este clima hostil que azota a Valentina o, desde otra perspectiva, en virtud de su viril fidelidad ante el mismo, el autor la utiliza para protagonizar el desenlace de la obra en el que la caridad –y por lo tanto, la justicia– triunfa en la atormentada familia Vieytes, símbolo de la ciudad turbulenta, con motivo de la muerte de María Helena: *“Valentina lloraba con dulzura. Los demás miraban aterrados, hasta que por fin comprendieron, y un mar de inmenso dolor borró con su ola amarga los viejos odios, y descubrió la piedad que yace en el fondo de los corazones humanos. Y cuando todos salieron, la madre vistió de blanco a la muerta, y solo quiso ser ayudada por Valentina; y en aquella casa entró la verdadera caridad, por el camino que le abrió la humillación, y se cumplió allí la sentencia: La piedra desechada por los arquitectos vino a ser la clave del ángulo”*.²⁴

Vemos así cómo la perseverante observancia de Valentina a sus deberes más esenciales enmarcados en la virtud de la piedad la convierten en un factor determinante para la simbólica imposición de la justicia y el perdón en la ciudad castigada por las tinieblas del pecado.

VII. La familia Vieytes: símbolo de la ciudad y de su itinerario desde el ocaso a la conversión

Dada la proyección que hemos realizado sobre el patriotismo a partir de las distintas imágenes de la piedad filial que la obra nos presenta, lo cual nos ha

²⁴ *Ibídem* ², pág. 352.

permitido reflexionar en torno a esta relación de justicia potencial respecto a la ciudad, corresponde que ahora nos ocupemos de la justicia *en* la ciudad.

Hugo Wast parte de una ciudad castigada por una seria crisis moral y jurídica, en la que se destacan, entre otros tantos males, la hipocresía, la superficialidad, la mentira y la injusticia. Una ciudad, digamos, azotada para la oscuridad del pecado. Esto lo afirmamos no sólo basándonos en el título de la obra, sino también en la descripción de la ciudad que hace el autor en distintos lugares de la novela: *“En aquella inmensa pista de Buenos Aires todos temblaban bajo ese agujón, que los hacía abandonar su paso y correr, excediendo sus fuerzas. Todos corrían, cual más, cual menos; y los que vivían al margen de la existencia fastuosa y desquiciada de los ricos sentían esa fiebre que les invadía las fuentes mismas de la vida”*²⁵; *“Don Dimas asomó la cabeza vendada por la ventanilla del tren que lo desterraba de la ciudad turbulenta y alegre. (...) Don Dimas tendió hacia ella el brazo fuerte, con la mano implacable abierta y crispada: - Jerusalem, Jerusalem, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti. ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina juntó sus pollos debajo de las alas, y no quisiste!”*²⁶; *“Ciudad turbulenta, ciudad alegre, por las culpas de los grandes perecerás”*²⁷.

Con el objeto de desarrollar el itinerario de conversión que hemos mencionado anteriormente, comenzaremos centrándonos en la familia Vieytes que, dada la importancia que el autor le atribuye en la obra, nuestra interpretación nos lleva a encontrar en ella una referencia metafórica de la ciudad turbulenta.

En esta familia, humillada por el pecado y redimida finalmente por la caridad, veremos inicialmente un círculo de relaciones tortuosas, protagonizadas por el despreciable Dr. Augusto Vieytes; su esposa Cristina Elcano de Vieytes; la madre de ésta, la señora Remedios; y una de las hijas del aristocrático matrimonio, María Helena²⁸. Integran también el entorno social de la familia el Coronel Crispín Rodríguez, el Dr. Alconada, don Octaviano Piña, el Dr. Trejo y, aunque de forma

²⁵ *Ibídem* ², pág. 265.

²⁶ *Ibídem* ², pág. 342.

²⁷ *Ibídem* ², pág. 311.

²⁸ Vale aclarar que dejamos afuera de nuestro trabajo otros personajes de la familia, como ser Jaime Vieytes e Indiana.

más acotada, el ya mencionado Dr. Narciso Jairo, quienes conforman el desafortunado “cenáculo” del Dr. Vieytes. Por último, completarán este entramado el antes referido Guillermo Sánchez –prometido de María Helena– y el padre Dimas Carrizo, quien, a través de su punzante prédica del Evangelio, intentará socavar el voluntario adormecimiento de la conciencia de aquella familia, fundamentalmente por medio de sus conversaciones con doña Remedios.

Es así, entonces, cómo desde nuestra lectura encontramos la “radiografía” inicial de la ciudad graficada en esta castigada familia, a la que nos atrevemos asignarle una poética representación no sólo de la sociedad en general, sino también de algunos de sus estamentos: la casta política, por medio del Dr. Vieytes y su grupo de seguidores; la Iglesia, a través del Padre Dimas; la clase “aristocrática”²⁹, mediante las amistades de esta familia – doña Belén, Julia Abismo, Aurelia Condesa, etc. –; la prensa y su papel determinante en la desinformación de la sociedad, en la figura de Don Narciso Jairo. Por último, no resultaría forzoso añadir, en la persona del Coronel Rodríguez, la representación de las Fuerzas Armadas.

Descripto preliminarmente el complejo escenario que el autor nos plantea en la obra, vayamos ahora el “círculo de relaciones tortuosas” mencionado párrafos más arriba, del que podremos extraer serias conductas inmorales y, dada la repercusión social de las mismas, injustas.

Pues la referida familia se verá tristemente determinada por la relación de resignada infidelidad entre los esposos Cristina y Don Augusto³⁰, ocasionada por las perversas ligerezas de este último con respecto a diferentes mujeres que aparecerán en la historia (la madre de Valentina Ocampo³¹, Lola Gatín e

²⁹ Nos permitimos utilizar comillas para asentar el uso figurado del término, pues la verdadera aristocracia supone la virtud de la que carecen los personajes mencionados.

³⁰ “Él la siguió; y pasaron cerca de la sala de juego, dónde a esa hora se oía el murmullo de las conversaciones y los chasquidos de las fichas y de las bolas de billar. Felizmente, ninguno de sus huéspedes los vio, y pudieron llegar al dormitorio de Cristina, donde hacía años que no entraba el doctor Vieytes.” *Ibíd.*², pág. 283.

³¹ Sobre el final de la obra Hugo Wast nos revela que esta relación promiscua será denunciada por Cristina Elcano al marido engañado, quien en razón de su humillación e ira incitará a su esposa a suicidarse, siendo este crimen el que producirá la locura lamentable de aquel hombre y el rechazo por parte de la sociedad porteña con respecto a la familia Ocampo. También será este lamentable suceso el que enemistará a las familias Ocampo y Vieytes, otrora vinculadas por una amistad entrañable.

Indiana³²); como así también, en lo que corresponde a Cristina –fruto tal vez del humillante desprecio propagado por su marido–, por la enfermiza disputa con su hija María Helena por seducir al prometido de ésta y por la relación manipuladora que ejercerá sobre el Coronel Rodríguez, miembro del ya referido “cenáculo” de seguidores del Dr. Vieytes.

Añadimos a este ambiente profano de liviandades y apariencias la búsqueda a toda costa de poder político y de reconocimiento social por parte de don Augusto, la frustrada lucha interior de Cristina Elcano para detener las huellas inevitables del paso del tiempo –siendo una de sus manifestaciones más evidentes el querer competir con la belleza de su propia hija–, y el peso insostenible que ejercerá sobre la anciana Remedios la figura y la prédica del provocador sacerdote Dimas; quien, dicho sea de paso, sufrirá un grave atentado por órdenes del mismo Dr. Vieytes, que lo pondrá al borde de la muerte.

Vemos así cómo la obra nos sitúa ante un estado inicial de manifiesta injusticia, ocasionada no solamente por las desmedidas e infructuosas maquinaciones de poder del Sr. Augusto y su entorno de aduladores, ni por el destrato hacia el prójimo que intentará justificar por medio de una superflua caridad doña Remedios (entre otras inconductas por parte de diferentes personajes de la obra), sino también –y, desde nuestra perspectiva, en modo eminente– a través del quebranto de la relación conyugal de los esposos Vieytes; pues, conforme el magisterio de Santo Tomás de Aquino, la observancia del vínculo matrimonial implica, dada su intrínseca alteridad y proyección social, una ineludible obligación de justicia: *“Parece repugnar a la equidad la disolución de dicha sociedad”*.³³

Finalizado el esbozo de la ciudad en su estado primigenio de corrupción, corresponde que ahora nos preguntemos acerca de cuál será una de las “variables de ajuste” que Martínez Zuviría utilizará para resolver el quebranto acaecido en la comunidad –y, en particular, en la familia Vieytes– en razón de la injusticia reinante en aquella. Es decir, dado el título que hemos elegido para este

³² Hija adoptiva de su suegra doña Remedios.

³³ *Contra gent.*, III, cap. 123; tomado de http://www.traditio.org/biblioteca/Aquino/Suma_Contra_Gentiles_Sto_Tomas_de_Aquino_OP.pdf (consultado el 17/08/2021).

ensayo, estamos obligados a indagar en cómo el autor se las arreglará en forma original para recomponer el orden y la paz desquiciados por las graves faltas de los hombres que habitan una ciudad en tinieblas “(...) *que no conocen su mano derecha ni su mano izquierda*”.³⁴

Pues bien, y tal como aludimos al comienzo del presente trabajo, sostenemos desde nuestra interpretación que Hugo Wast optará por plantear la reivindicación de la justicia y de la caridad en la ciudad –y en la familia Vieytes en particular– mediante una perspectiva trascendente, haciendo descargar el peso misericordioso de la “mano izquierda” del Señor en ciertos personajes de la obra, siendo la muerte de éstos motivo de arrepentimiento, humillación y redención para algunos de los miembros del entorno de aquéllos.

Volviendo al caso de los Vieytes, podemos verificar la tesis esgrimida por medio del caso de María Helena, quien plasmará a través de su trágica y corta vida el misterioso itinerario hacia la conversión que atravesará su familia a lo largo de la obra. En efecto, el autor, suponiendo –al menos desde nuestro análisis– la inocencia connatural de toda niña en sus primeros años, nos llevará desde la perversión y la superficialidad de la muchacha hacia su muerte purificadora con la que culminará la historia que nos ocupa. Atestiguaremos, así, cómo la frivolidad de la joven, promovida en parte no sólo por su escabroso entorno familiar, sino también por todo el círculo profano de relaciones en el que circunscribirá su vida social –del cual su prometido Guillermo Sánchez sería la virtuosa excepción–, la tensionará permanentemente hacia la mentira, la infidelidad, la vanidad y la liviandad: *“Le bastó sumergirse en el turbulento remolino de la ciudad para que se disipara su malhumor y la divirtiera el observar la impresión que causaba. Como se usaban los vestidos muy cortos, se aprovechaba de la moda para exhibir toda la gracia de su figura, afrontando sin recelos las miradas que llovían como dardos envenenados. (...) María Helena había oído decir que a tal hora solamente las mujeres livianas llevaban tul en la cara, y quiso ver qué le ocurriría a ella echándoselo. Escudriñó primeramente en el gentío, por si divisaba a algún conocido; pero en aquella pleamar de la gran ciudad, en la esquina de Esmeralda*

³⁴ *Ibídem* ², pág. 311.

y Corrientes, nadie sabía su nombre, aunque muchos la mirasen con sorpresa e interés. (...) La primera insolencia que le dijeron no la turbó, porque buscaba ese género de emociones; pero luego comprendió su imprudencia, pues al pasar por un cinematógrafo del que había salido el público, un vejete la acompañó media cuadra, diciéndole decepcionantes chocheos. Huyendo de él, se desvió hacia una calle menos transitada y más oscura, cerrados ya la mayor parte de los comercios; y entonces no fue uno, sino todos los hombres que encontraba al paso, los que se creían obligados a soltarle en la oreja tales villanías que la hartaron. Buscó un automóvil, y aún tuvo que debatirse un rato contra un desvergonzado que pretendió subir con ella. Cerró con violencia la portezuela y se puso a reír nerviosamente. ¡Qué travesura había cometido! (...) Ahora tendría algo que contarles a sus amigas, aunque no podría decirles en verdad que aquello la había divertido.”³⁵

Sin embargo, y a pesar de este escenario inicial en el que el autor sitúa a la joven, veremos en la obra cómo aquella, partiendo de la impudicia, atraviesa el desgarramiento de la culpa y la vergüenza, para culminar en una repentina y misteriosa enfermedad que la llevará irremediablemente a la muerte, a la cual enfrentará habiendo obtenido previamente la gracia del arrepentimiento y la conversión.

Pues, no se nos escapa la audacia de Hugo Wast en elegir colocar casi en simultáneo la muerte lamentable del Dr. Guillermo Sánchez en manos del cobarde Coronel Rodríguez –suceso al que ya nos hemos referido, y en el que páginas más adelante el autor nos ratifica que sobre tal homicidio obraron las influencias sutiles y oscuras de Cristina Elcano³⁶– con la situación más evidente de frivolidad y concupiscencia por parte de la joven y su entorno de amistades durante su *dîner blanc*³⁷: “Mucho antes de la mitad de la comida, los vinos dorados y espumosos habían incendiado los espíritus y aligerado las lenguas, que empezaban a volcar el fondo de los corazones. Y María Helena, sintiendo subir la deliciosa marea de su frenética alegría, se paró, la copa en la mano, para contar un sueño suyo cuyo

³⁵ *Ibidem* ², págs. 55 a 56.

³⁶ “*Bastábale* (a Valentina) *mirar a su madre, transformada desde esa hora, para adivinar qué influencias sutiles y oscuras prepararon el crimen*”; *Ibidem* ², pág. 345.

³⁷ Así es cómo el autor denomina al banquete que María Helena presidía con sus amigas.

*recuerdo ponía su alma tendida y vibrante como las cuerdas de un arpa que el viento hace gemir.*³⁸

Y es precisamente en ese momento cuando, ya perpetrada la muerte del Dr. Sánchez, ingresa en el domicilio de los Vieytes el padre Dimas y recrimina duramente a la novia que presidía aquel banquete: “(...) - ¡Allá, en el bosque de Palermo, Rodríguez acaba de matar a tu novio! María Helena asentó su copa en el mantel, que se tiñó de vino; y se encorvó sobrecogida de espanto, cuando él la apostrofó, mientras se retiraba: - ¡Reza por él, porque tú lo has muerto!”³⁹

Sin lugar a dudas, la noticia del sacerdote generaría una terrible culpa en María Helena, pues tengamos en cuenta que el homicidio se perpetraría en el duelo desatado con motivo de los provocadores cumplidos de Rodríguez hacia la muchacha en presencia de su prometido, convalidados por ésta entre sonrisas y miradas cómplices.

Ahora bien, luego de este escabroso encuentro, lo que sigue en la obra, al menos para la familia Vieytes, es el doloroso proceso que llevará a la joven Helena a la muerte (suceso ya descrito en el capítulo VII *in fine* de este trabajo), en el cual terminará de tomar conciencia de la superficialidad con la que había transitado gran parte de su vida –pues serán sus últimas palabras antes de morir: “-¡No, no! ¡Mamá, mamá! ¡Mira mis manos! ¡Están vacías! Me voy del mundo con las manos vacías... (...) Pero la enferma no habló más. Entornó sus azorados ojos azules, y dejó caer las manos sobre la colcha, las manos blancas, suaves como una camelia, que no habían trabajado ni para sí ni para el prójimo.”⁴⁰–; se reconciliará con su amiga Valentina Ocampo, a quien pidió encarecidamente que se acercara a su lecho de muerte después de diez años sin verse en razón de la encarnizada enemistad que separaría a sus respectivas familias; y recibirá el auxilio sacramental por parte del padre Carrizo; todo lo cual nos hace interpretar que la joven, en el último momento de su vida, pudo salvar su alma.

¿Y el resto de la familia? Desde luego, la repentina y agresiva enfermedad de María Helena sirvió de “cimbronazo” para que algunos de sus integrantes tomaran

³⁸ *Ibídem*², pág. 329.

³⁹ *Ibídem*², págs. 329 y 330.

⁴⁰ *Ibídem*², pág. 351.

conciencia de la vida licenciosa que estaban llevando, como así también del misterioso accionar de “la mano izquierda del Señor” en pos de la expiación de sus pecados: *“El doctor Vieytes no salía aún de su estupor. Los médicos le habían declarado la extrema gravedad de su hija, y después de tres días no hallaba manera de compaginar el golpe traidor y horrible que le amenazaba, con los respetos que la suerte le debía a él ¿Cómo era posible que se muriese su María Helena (...)? ¿Y cómo era posible que él hubiera necesitado saber que se moría, para medir cuánto llenaba su casa y su corazón?”*⁴¹; *“Doña Remedios, oculta en un rincón, sin ánimo tampoco de acercarse al dormitorio de su nieta, consideraba que había comenzado la expiación de los suyos”*⁴².

Volviendo a la pregunta con la que iniciamos el párrafo precedente, nosotros creemos que sí: la familia Vieytes termina redimiéndose. Y arribamos a esta conclusión no sólo por lo afirmado en la última cita invocada en el trabajo (nota n° 38), sino también porque la obra, en sus líneas finales, sentencia: *“(…) y en aquella casa entró la verdadera caridad, por el camino que le abrió la humillación (…)”*.

Es necesario señalar que, en razón de las reflexiones realizadas en el presente acápite, y sin perjuicio de efectuar algunas consideraciones más en torno a la justicia en la ciudad, estamos en condiciones de dejar planteada al menos una de las tesis más importantes del trabajo: en la obra que estamos analizando subyace no sólo la necesidad de la primacía de la justicia en el orden social y político, sino que aparece también una tesis original en torno a la reivindicación de la concordia política desde una dimensión trascendente; si bien aplicado al escenario doméstico de la familia Vieytes, proyectado, también, por medio de ella a la comunidad en su totalidad.

VIII. La cuestión social y el “escándalo” del Evangelio

⁴¹Ibídem², pág. 346.

⁴²Ibídem², pág. 347.

Continuando con nuestra reflexión en torno a la justicia *en* la ciudad, analizaremos un tema muy importante en la historia, el cual servirá del trasfondo en el que se plantearán algunos conflictos cruciales de la novela: la cuestión social.

En efecto, Hugo Wast toma esta delicada problemática por medio de diferentes situaciones conflictivas que darán el marco en el que se debatirán los días aciagos de la ciudad turbulenta.

Cabe resaltar que, si bien el autor le da una gran importancia a esta temática –lo cual se manifiesta en frases como “*¿No era toda una clase social la que hablaba por boca de aquella mujer?*”⁴³–, el abordaje que hace de la misma lejos estará de caer en el típico enfoque dialéctico con el que suele encararse ideológicamente esta cuestión (es decir, desde la perspectiva de la lucha de clases); sino más bien colocándose desde la matriz iluminadora de la justicia, la caridad y la misericordia. Así es cómo a lo largo de la trama encontraremos distintos escenarios en los que se verificará el quiebre de lo debido hacia el prójimo en concepto de justicia, entre las que destacamos la repulsa propagada por la “aristocracia” porteña respecto a la tarea pastoral del padre Dimas con los humildes “atorrantes” a los que se esmeraba por llevarles la buena nueva del Evangelio.

Con respecto a este último hecho, vale aclarar que la desaprobación que devendrá en el escándalo de aquel frívolo círculo de pertenencia social no se disparará porque el referido sacerdote se empecine en catequizar a estos pobres desplazados, sino por la provocadora iniciativa del clérigo de hacerlos participar en las mismas celebraciones a las que concurrían los más distinguidos apellidos de la ciudad.

Es decir, el “problema” que suscitará el desprecio por parte del sector “socialmente correcto” hacia el presbítero es el obligarlo a tomar conciencia de que tales pobres no sólo existen, sino que además forman parte de la misma comunidad en la que aquellos se disputan a cualquier precio el poder.

Este conflicto, que culminará finalmente con el triste destierro del padre Dimas fuera de la ciudad turbulenta –y, por lo tanto, de la comunidad falazmente alegre–, comienza a vislumbrarse en las distintas reuniones que aquel mantendrá con doña

⁴³Ibíd^{em}², pág. 43.

Remedios, entre las que destacamos la siguiente: “-¿Y qué es lo que les preocupa, entonces? Doña Remedios contrariada por la explicación que tenía que dar, buscó posturas en su sillón, y dijo, mirando el retrato del papa: -Como usted es un hombre tan original, las gentes se preguntan cómo va a ser su fiesta⁴⁴...y en dónde...y a qué hora. -¿Se dice algo concreto de eso? -interrogó con simulada candidez el interpelado. -Se dice algo infundado, seguramente: que esa comunión será a la misma hora y en la misma iglesia en que harán la primera comunión nuestras niñas... -¿Y si eso fuera verdad, señora? -¿Me pide usted mi opinión, don Dimas? - No, misia Remedios; no le pido su opinión; ya la sé; le pregunto simplemente por qué se exasperan de que otras almas tan necesitadas como las de esas niñas, a la misma hora que ellas, reciban al Señor. -¡Pero, Don Dimas! Ya veo que no han mentido. ¿Entonces, es verdad que el 8 de diciembre va a inundarnos la iglesia de atorrantes? -En la casa de Dios son iguales sus niñas que mis atorrantes. -Para Dios, sí... pero...”⁴⁵.

Es así cómo en la obra se deja planteado uno de los enfrentamientos que recorrerá las páginas de esta historia hasta llegar a su punto más álgido, en el que el intrépido presbítero materializará su objetivo no sin ganarse un profundo desprecio por parte de sus feligreses: hacer que sus atorrantes reciban la comunión en la misma ceremonia en la que también comulgarían por vez primera las hijaspreciadas de aquella impenetrable y distinguida “aristocracia” citadina.

De esta manera, el templo enarbolado gracias a las contribuciones aportadas interesadamente por varias renombradas familias para intentar apaciguar sus conciencias se vería invadido por la miseria y el hedor de un puñado de hombres expulsados de la ciudad infame.

Ahora bien, el padre Dimas Carrizo, quien ya tenía sobre sus espaldas el rechazo del envalentonado redil porteño –“Tal hombre no podía seguir entrando en tales casas, ni viviendo en aquella ciudad. Su lugar estaba entre los atorrantes de Palermo o los anarquistas del barrio de la boca.”⁴⁶– redoblaría su apuesta al volver a llevar, no sin recomendación de la curia, a sus despreciables catecúmenos a la

⁴⁴ Se refiere a la ceremonia en la que se celebrará el sacramento de la Comunión de sus humildes “atorrantes”.

⁴⁵ *Ibíd.*², pág. 74.

⁴⁶ *Ibíd.*², pág. 314.

ceremonia del Jueves Santo que presidiría el arzobispo en la Catedral. Nuevamente, la alta alcurnia de Buenos Aires se vería violentada ante la confrontación con aquella recua pestilente arrendada por el sacerdote que, páginas más adelante, sería finalmente expulsado de la ciudad: *“En la catedral lo aguardaban para la ceremonia, y entró encabezando la fila. Algunos pulcros canónigos se hicieron cruces de horror. Los familiares llevaron el caso al arzobispo, quien inclinó la cabeza humildemente. -¡Déjenlo hacer! Y aquellos doce pobres de verdad, que iban a ser también lavados de verdad, por un príncipe de la Iglesia que representaba a Jesús, sentáronse en las sillas dispuestas en el presbiterio. Y llegó el arzobispo, suave y plácido, como un pastor de un rebaño escogido, y junto a él dos familiares, altos dignatarios del clero, que llevaban el uno la palangana de plata, y el otro la jarra con el agua y la toalla. El arzobispo se arrodilló trabajosamente delante del primero de los pobres, que se había descalzado, y le lavó un pie, y hubo que cambiar el agua para lavar el otro; entonces el prelado se agachó y se los besó sin repugnancia, y pasó al segundo pobre, entre el estupor de los pocos fieles que pudieron ver de cerca lo que ocurría. La ceremonia se prolongaba considerablemente por culpa de don Dimas. Uno de sus atorrantes, para quedarse con los pies pasablemente limpios, demandaba tanto tiempo como la docena entera de viejitos bien jabonados, con los trajes domingueros, que otros años había traído. Pero el arzobispo, sacando fuerzas de su flaqueza, lo soportó humildemente.”*⁴⁷

Como ya dijimos, estos acontecimientos, añadidos a la constante e incómoda prédica denunciante de la ceguera dolosa de la feligresía –“Guarden sus iglesias en donde se mezcla al incienso el perfume profano de las toilettes. Sería demasiado santificarlas con el olor mugriento de mis atorrantes (...). Yo conozco esta sociedad que se escandaliza y reza en sus templos lo que rezaba el fariseo agradecido a Dios por no ser como el publicano. Usted me ha hecho penetrar en ella y codearme con esa gente y predicar en sus salones (...). Y así he sacado la náusea de su orgullo y de su concupiscencia.”⁴⁸– serían los que terminarían de

⁴⁷ *Ibídem*², págs. 315 y 316.

⁴⁸ *Ibídem*², pág. 75.

labrar la sentencia de exilio del sacerdote; no sin antes sufrir el atentado que casi acabaría con su vida, referido en el acápite precedente.

Es preciso señalar, tal como anunciamos al comienzo de este apartado, que estos acontecimientos no son los únicos que aparecerán en la obra referidos o relacionados con la así llamada “cuestión social”, temática que nos permite reflexionar no sólo en torno a la justicia, sino también sobre dos virtudes que la sobreabundan: la caridad y la misericordia. Al contrario, Martínez Zuviría describirá otras secuencias de las que podremos extraer esta problemática verificada, en parte, por el maltrato, el desprecio o la indiferencia hacia el prójimo en razón de su condición social, o por las penurias a las que se ven sometidos algunos personajes por la carencia del sustento necesario para sobrevivir.⁴⁹

Pero hemos preferido concentrarnos en las andanzas del padre Dimas con sus “atorrantes”, no sólo en aras de evitar extendernos innecesariamente en el presente trabajo, sino también y principalmente, en razón de que tales hechos representan logradamente, al menos desde nuestro punto de vista, cómo el aguijón punzante del Evangelio, predicado en tiempo y a destiempo, genera el rechazo de una comunidad enrarecida por el egoísmo y la frivolidad, y quebrantada por una seria crisis moral manifestada, a su vez, en la crisis social que la aqueja.

IX. ¿Por qué sufren los inocentes?

Llegamos así a la parte final de nuestro trabajo, en la que, luego de haber analizado distintos elementos de la obra, intentaremos dejar plasmada lo que consideramos como su tesis central: la reivindicación trascendente de la justicia en la ciudad.

Es en este punto en donde la perspectiva temporal en la que se desarrolla la historia se eleva por momentos hacia una dimensión divina en pos de remediar el

⁴⁹ Al respecto podemos mencionar el maltrato propagado por misia Palmira a su pobre y joven sirvienta Antonia Gatín, las enormes dificultades económicas a las que se ve sometido Blas Gatín y su esposa Lola para subsistir, la culposa relación de amorío de Julia Abismo con su chofer, Juan, por el hecho de pertenecer a clases sociales diferentes, la vergüenza de los Jairo ante el resquebrajamiento de su posibilidad de formar parte de la elite porteña, entre otros factores.

orden de la ciudad turbulenta, quebrado por las graves faltas de quienes la habitan.

Efectivamente, las injusticias, las perversiones, las infidelidades que están presentes en la novela y a las que hemos hecho referencia a lo largo de nuestro trabajo implican un quiebre, una ruptura de la concordia social, cuya reparación no le será indiferente al autor, obligándolo a plantearla, dada su cosmovisión católica, en un plano teológico; llevándolo, asimismo, a tomar una posición misericordiosa hacia quienes perpetrarían las referidas inconductas morales y jurídicas.

Es decir, Martínez Zuviría no resignará la recomposición del daño ocasionado por la falta de justicia, sino más bien intentará justificar sobre el final de la obra el acaecimiento de ciertos sucesos aparentemente inútiles en aras a redimir el bien de la comunidad. Está clara la postura del autor: hay un daño cometido, es imprescindible su reparación. Lo particular de su planteo será en quiénes hará recaer las exigencias del precio a pagar.

Y es aquí en donde podemos empezar a esbozar una respuesta a la pregunta que titula el presente acápite. Pues aquella misericordia a la que nos referíamos anteriormente, a través de la cual advendrá la paz en la ciudad, no será impartida sino a través de la así denominada “mano izquierda” del Señor; la cual alcanzará la vida de ciertos inocentes, permitiéndonos interpretar que la gravedad de las vejaciones al *dar a cada uno lo suyo* requiriera, de alguna manera, la bondad de ciertas ofrendas agradables al Señor.

Ahora, no se nos escapa que el referido cuestionamiento (¿por qué sufren los inocentes?), semejante al título de uno de los capítulos centrales de la obra –*Por qué sufren los niños*⁵⁰– puede resolverse desde dos perspectivas distintas, aunque no contrapuestas: como castigo por las faltas cometidas, o bien, trascendiendo el motivo anterior, como medio de redención.

La primera interpretación, desde la cual se concibe este sufrimiento como castigo, parecería deducirse a partir del final del capítulo antes referido, en donde el autor describe una de las escenas más desgarradoras de la historia, protagonizada por el viejo organillero al encontrar al niño Juanito Gatín muerto en su lecho miserable

⁵⁰ Capítulo XIV

luego de una larga y dolorosa enfermedad: *“Y ya que, en efecto, nadie contestaba, empujó la puerta y entró, como un abuelo que va a asistir a su nieto. Allí, junto a la ventana entornada, como la dejó Gatín al irse, hallábase el niño dormido para la eternidad, tibio todavía, con las alitas de la nariz moradas, las orejas cárdenas y los labios rojos. Tal como estaba, hundida en la almohada su cabecita inteligente, de rasgos puros, se parecía más al otro niño muerto en la casa del organillero. Cuando llegó Lola Gatín (...) y subió a su cuarto y vio al lado de la cama del enfermo al viejo que estaba llorando, comprendió que su cuñadito había muerto. (...) Se arrimó a la cama; con los ojos secos miró el cadáver y se agachó a besarlo. Y esta vez dijo en voz alta lo que tanto había pensado: -Tú, que te mueres de niño, sabes lo que haces. El viejo sacudió la cabeza. -¡No, no! - exclamó con la voz ronca de lágrimas; y a su vez expresó lo que le había enseñado su experiencia-: “A los niños los matan las culpas de los grandes.”⁵¹*

Pero, tal como anticipamos, no es aventurado concebir otra interpretación superadora a la formulada anteriormente –a la que suscribimos–, determinada por una concepción esperanzadora de la historia del hombre y del complejo entramado de hechos y acontecimientos en los que transcurren los días de una ciudad. Y esta segunda posición la sostenemos no sólo en razón del contexto general de toda la obra, sino también, y principalmente, en virtud de su final, el cual ya hemos traído oportunamente en este trabajo⁵²: *“(...) y en aquella casa entró la verdadera caridad, por el camino que le abrió la humillación (...)”*.

Por lo que el sufrimiento de los inocentes, el cual no sólo se materializaría con el fallecimiento de aquel niño, sino también con otros decesos que el autor irá introduciendo a lo largo de la historia –la muerte de la pequeña hija del Dr. Zara, del joven Dr. Alejandro Sánchez y de María Helena Vieytes– tendrán su razón de ser en una profunda y misteriosa necesidad de justicia y misericordia.

Pues, ante la gravedad de la situación de esa tempestuosa ciudad recreada por Hugo Wast, éste optará por plantear un desenlace en el que se restaure el orden, la caridad y la paz vulnerados por el pecado. Y utilizará, en consecuencia, como

⁵¹ *Ibídem*², pág. 187.

⁵² *Ibídem*²⁰.

“víctimas expiatorias” para reparar aquellos variados desmanes la inocencia y la bondad de estas almas.

En definitiva, desde el planteo que hace el autor, los inocentes no sólo sufren por las culpas de los pecadores, sino también para la reivindicación de aquellos; alcanzando, en consecuencia –aunque esto no se diga en la obra– su propia salvación. Por lo que no sería totalmente desacertado tomarnos el atrevimiento de considerarlos, teniendo en cuenta las enormes licencias del caso, como “mártires” de la concordia y de la justicia en la ciudad.

X. Consideraciones finales

Habiendo arribado a este punto, e impelidos por las apreciaciones que hemos realizado en los párrafos inmediatamente precedentes, no podemos evitar preguntarnos aquí si entonces Hugo Wast, dada la interpretación que le atribuimos a la obra escogida, hace pagar a justos por pecadores. Aún asumiendo el riesgo de que nuestra posición sea tomada como ambigua, diremos que en parte sí y en parte no.

En efecto, desde una primera perspectiva, debemos reconocer que el autor ciertamente pone el peso abrumador de las impurezas de la extraviada ciudad y, por lo tanto, de las exigencias de resarcir el orden quebrantado en aquélla, sobre las espaldas de estos justos que, en diferentes circunstancias y por distintos motivos, terminarían abandonando dolorosamente este mundo.

Sin embargo, y en razón de los frutos de paz y concordia que estas ofrendas traerán a la ciudad⁵³, no estaríamos habilitados a utilizar la expresión bajo consideración; pues la dolorosa entrega de estos inocentes se encuentra asumida desde una perspectiva providencial en aras a reivindicar el orden desquiciado por las faltas de quienes protagonizarán esta historia; por lo cual nos vemos obligados a separarnos de la connotación negativa de la frase con la que hemos iniciado estas conclusiones.

Por esta razón, y retomando la posición enunciada en el acápite anterior, resultaría más adecuado circunscribir estos acontecimientos –la muerte de los

⁵³ *Ibídem* ²⁰.

inocentes– en los misteriosos designios del Señor, que como Padre se valdría de las vidas de estos sus hijos para devolver la paz a la ciudad turbulenta.

Ahora bien, debemos distinguir que el paso a la vida eterna de estos sufrientes individuos no alcanzaría para depurar todas las faltas acaecidas en la comunidad, ya que el autor introduce otra problemática no menos compleja: el pecado contra el Espíritu Santo; el cual, tal como nos revelara el Señor en el Evangelio, no tiene perdón. Por ello Hugo Wast representa la gravedad de esta situación en la imagen de un atormentado sacerdote llamado Judas que, si bien en forma distante y esquiva formaría parte del grupo de atorrantes que seguían al padre Dimas, rechazaría una y otra vez el mensaje de misericordia y conversión que aquel intentaba transmitirle, llegando incluso a quitarse voluntariamente la vida en razón de no soportar el peso intransferible de sus tantas y graves faltas.

He aquí, entonces, el paradigma y las imágenes utilizadas por Gustavo Martínez Zuviría para motivar nuestra reflexión en torno al entramado misterioso que parecería estar presente tanto para sostener como para reivindicar la justicia en la ciudad.

XI. Bibliografía

- Martínez Zuviría, Gustavo Adolfo, *Ciudad turbulenta, ciudad alegre*, Buenos Aires, Ed. Dictio, 1979
- Gamba, Rafael, *El silencio de Dios*, Buenos Aires, Ed. Huemul, 1979
- Castellani, Leonardo, *Su Majestad Dulcinea*, Buenos Aires, Ed. Patria Grande, 1974
- Furlong, Guillermo; *Gustavo Martínez Zuviría, Maestro de América*, <https://diariopregon.blogspot.com/2010/08/hugo-wast-por-el-p-guillermo-furlong.html>
- Tomás de Aquino, *Suma de Teología*, <https://hig.com.ar/sumat/c/c58.html>
- Tomás de Aquino, *Suma contra Gentiles*, http://www.traditioop.org/biblioteca/Aquino/Suma_Contra_Gentiles_Sto_Tomas_de_Aquino_O_P.pdf